

margen N° 111 – diciembre de 2023

El faso social, la droga como constructora de solidaridad social

Por Camila García Degasperi

Camila García Degasperi. Estudiante de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA), Argentina.

En relación al título de este trabajo, si bien sería más preciso utilizar el concepto de sustancia psicoactiva, se entienden a ambos -faso y droga- como sinónimos que engloban en su definición todos aquellos compuestos químicos que tienen la capacidad de alterar la percepción mental sobre la realidad.

El siguiente artículo tiene como finalidad describir cómo veo y cómo vivencian el lazo social las personas que se encuentran habitando en el Centro de Inclusión Social **-I-** “México”, cuya particularidad es la de alojar a familias que se hallan transitando situación de calle. Las experiencias descritas a continuación se desprenden del desarrollo de mi puesto de trabajo como operadora territorial (tercerizada y precarizada) en un dispositivo residencial del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA).

Las aclaraciones características e inherentes al puesto se plantean en función de visibilizar la calidad del vínculo intra e interinstitucional que hacen al contexto en dicho espacio laboral y con la fragilidad en cuanto a las herramientas con las que contamos para nuestra intervención. Estas reflexiones surgen de la problematización de las transformaciones dentro del mercado laboral y sus consecuencias en la forma en que les individuos se vinculan entre ellos y las instituciones que intentan dar respuestas (fragmentadas) a las mismas.

Por otro lado, destaco el trabajo en Red con quienes se encuentran comprometidos a ofrecer respuestas a la problemática del consumo, entendiéndola como fenómeno social para posicionarnos por fuera del debate reduccionista de la adicción como condición y, por lo tanto, limitación del desarrollo de la vida de las personas que lo padecen.

“la transformación del trabajo que estamos viviendo tiene una dimensión cultural -en

cuanto produce una crisis de sentidos compartidos y valores- y al dejar a importantes sectores expuestos al desamparo, implica una redefinición de los principios de la solidaridad.” (De Ipola et al., 1998)

Desalojos, despidos, carencia/inexistencia de redes de apoyo, conflictos familiares, penales, consumo problemático, procesos migratorios. Estas son algunas de las problemáticas que atraviesan (etiquetan) las trayectorias de vida de las personas que se encuentran habitando en los Centros de Inclusión social de CABA. La razón de ser de estos *dispositivos* residenciales es la de alojar transitoriamente a aquellas personas que se encuentran en situación de vulnerabilidad socio-económica y habitacional, entre otras. Actualmente me encuentro formando parte del equipo profesional que intenta abordar de forma **integral** la situación de cada familia en función de promover su “egreso positivo”. Es así que hablar de lazo social me convoca a dar a conocer principalmente el circuito de asistencia que se despliega alrededor de la problemática de la pobreza y su manifestación en las calles y por otro, visibilizar la cruda realidad de las relaciones de solidaridad que entablan los alojados, como los llamamos en este “mientras tanto”.

¿Cumplen estos lugares realmente su objetivo de “reinserción”? ¿O siguen reproduciendo las condiciones de exclusión, de marginalización, del liberalismo capitalista disfrazadas de un discurso de inclusión social? Son interrogantes que ponen en jaque el difícil equilibrio de las políticas sociales que pugnan entre la regulación de la situación problemática y la autonomía de la sociedad para “autoregularse”. Para estos nuevos excluidos -2-, compartir un porro, pasta base, cocaína, se convierte en el hábito en común para entablar nuevas relaciones. Si el enemigo en común es el capitalismo, la droga se alza como bandera aliada.

Según De Ipola et al. (1998: Introducción), la **solidaridad**

“se estructura en dos niveles de discurso: a un nivel descriptivo e histórico como figura de los distintos tipos de sociabilidad, y a un nivel prescriptivo y sociológico como horizonte desde el cual se despliega la búsqueda de condiciones que posibiliten formas nuevas de vida en conjunto.”

Tomando como referencia este último nivel es que veo cómo las sustancias psicoactivas marcan una nueva frontera estratégica de sociabilización entre pares.

La representación de la cuestión social se vuelve mucho más palpable cuando específicamente hablamos, de pobreza. Los paradores a los que hago referencia bien podrían llamarse Centros de Cuestión Social. A la situación de calle la atraviesan todas aquellas problemáticas que ponen en riesgo la cohesión social, esa amalgama invisible por la cual tendemos a reunirnos colectivamente. La pobreza como problemática social solo parece ser competencia del campo de Trabajo Social, ya que el equipo profesional carece de interdisciplina, delegando en nuestra profesión el trabajo de acompañar el “egreso positivo”, como llaman en estos lugares a la superación de la situación de extrema vulnerabilidad.

¿Positivo para los números de quien(es)?

Hablar desde adentro de la institución se vuelve complejo cuando lo que se ve entra en colisión con el plano ético-moral de cada una de las estudiantes/profesionales que nos encontramos haciendo malabares para dejar al Gobierno, Fundaciones y alojados contentos cuando las perspectivas de cumplimiento de objetivos son tan divergentes entre dichos actores. Para estos últimos la naturalización de su padecimiento, del lugar que la sociedad les relegó en su estructura, les nubla de pesimismo la posibilidad de trascenderse a ellos mismos y sus historias de vida.

Somos muchos quienes nos preguntamos por qué una persona *termina* en la calle; como si en la calle terminase su existencia. De esta pregunta se desprenden otras más: ¿la calle es el final?, ¿bien podría ser el comienzo de una nueva etapa?, ¿se le tiene que depositar toda la responsabilidad a esa persona por su situación? Desde una visión macrosocial podemos decir que no. Sin embargo, es en sus hombros sobre los que cargan día a día las presiones que les ponemos para despacharlos a una nueva realidad que no tiene nada de “condiciones inéditas”. Expedimos derivaciones como figuritas repetidas que coleccionan los sujetos en un álbum de burocracia que procuramos que completen para la garantización de sus derechos. Pero, ¿alguien les habrá explicado que esos derechos ya son ganados cuando los mismos fueron históricamente vulnerados? El descreimiento es total.

En relación a la droga, es normativa de la institución la prohibición de su consumo dentro de las instalaciones. Observamos que la prohibición aumenta el deseo de hacerlo en la clandestinidad. Todas, todos, todes quienes nos encontramos en una posición de poder por encima de estas personas sabemos que la esconden y sacan en las noches cuando el control se fue a dormir. Me pregunto entonces quién soy yo para problematizar una práctica que por más perjudicial que se vea, se vuelve constructora del lazo social de aquellos excluides,

Son ellos por un lado y nosotras por el otro. Por más empáticas y territoriales que sean nuestras prácticas, siempre vamos a encontrarnos atravesados por las relaciones de poder que entran en tensión cuando nos ponen en cuestión el consumo que manejamos en nuestra vida privada. “¿Vos también te fumas un faso cada tanto, no?”... “¿no me vas a decir que no te tomás una cervecita el fin de semana?” ¿Borrar esa frontera implicaría establecer el consumo como el punto de encuentro hacia una realidad menos hostil?

La desintegración del trabajo como cimiento de solidaridad evidencia la integración de una nueva forma de lazo social en los Centros de Inclusión. En estos espacios se crea una ciudadanía consumista de sustancias psicoactivas como estrategia vincular encontrando en sus efectos un sentimiento de pertenencia. Lo que se supuso culturalmente que debía provocar la cultura del trabajo, hoy en día encuentra su alternativa en la cultura de la droga y el alcohol, atravesada una vez más por la posición dentro del estrato social que nos divide en clases. Ellos los adictos, nombrados peyorativamente desde una estigmatización de delincuentes por aquellos otros disfrazados de camisas blancas y corbatas negras.

“En efecto el consumo se muestra como el otro gran dador de identidad, y al exacerbar necesidades y satisfacerlas de manera diferencial, tiende a reemplazar a la igualdad que la ciudadanía brindaba en términos de igual status.” (De Ipola et al.. 1998:4)

Si pensamos a lo social como una característica sui generis de los individuos, por más rupturas e irregularidades que existan en el lazo social siempre encontraremos nuevas formas (sanas o no) de revincularnos con el otro.

¿Pueden los sectores de excluidos reinventar formas perfectibles de lo social y cambiarlos por el de reconocimiento de sujetos de derecho?

La estela que deja el humo en el patio de los paradores me humaniza la visión. Existe un punto en común. El **malestar**. Aparece como aquel costo subjetivo de trabajar y naturalizar la realidad que como consecuencia hace a la separación del profesional y su salud mental. Nos olvidamos de que el Trabajo Social “al servicio de” deja de ser servicial si se pierde el horizonte motivacional y situacional de nuestras prácticas.

Lejos de encontrar respuestas a estas coyunturas se abrirán nuevos signos de interrogación. Quedan muchas aristas que hacen al encuadre de la temática, a las cuales debemos seguir buscando

divulgación y visibilización.

Concluyo con que es menester elegir desde qué perspectiva posicionarnos con respecto al consumo de sustancias. Abrir el debate a la pregunta más que dirigirnos directamente al tratamiento ¿Qué implica que sea problemático?, ¿qué demanda con respecto al mismo construyó la persona que tengo frente a mí? Es necesario pensar la salida desde la salud mental comunitaria, ofreciendo un espacio de construcción de ese deseo de transformar lo problemático en reducción del daño para que el “tratamiento” pueda convertirse en sanación de lo que nos motiva a autodestruirnos, para que la herida cicatrice respetando los procesos de cada uno y que lo único que queden sean marcas en la piel que nos recuerden de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Notas

-1- Los Centros de Inclusión Social (CIS) son un Programa Social impulsado por la Secretaría de Inclusión Social y Atención Inmediata del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Los CIS funcionan a modo de hogar tienen como objetivo brindar a las personas en situación de calle un espacio de contención integral para promover su reinserción social.

-2- Son poco más que un dato estadístico que expresa las disfunciones de la sociedad.

Bibliografía

Arrieta, Ezequiel (Comp.) (2017). *Un libro sobre drogas*. Buenos Aires: El Gato y la Caja Editorial. ISBN: 978-987-45866-2-9

De Ipola, E., Funes, E., & García Raggio, A. (1998). *La crisis del lazo social: (Durkheim, cien años después)*. Buenos Aires: Eudeba.